



ORDENACIÓN PRESBITERO

San Nicolás, sábado 9 de diciembre de 2017

Celebramos esta ordenación de nuestro hermano Francisco como presbítero, en el precioso marco del tiempo de Adviento, que en sus primeros compases despierta en nosotros la esperanza de la venida del Señor y alienta nuestras debidas actitudes de vigilancia y adecuada preparación para el encuentro con Él.

Efectivamente, la vida sobre la tierra, a la luz de la fe, es una espera. Y el cristiano, seguro del acontecimiento decisivo del encuentro con el Señor al final del camino de la vida, ordena sus acciones en función de aquello que espera. Por tanto, no en una actitud inerte y pasiva, sino diligente y comprometida, verdaderamente vigilante y fiel al encargo recibido de su Señor.

Cuadra perfectamente para un servidor del Pueblo de Dios, para un presbítero que inicia su ministerio, para ti Francisco, escuchar las palabras que Jesús pronuncia en el Evangelio que acabamos de proclamar alabando al “siervo fiel” encargado por el amo para custodiar la casa, que no se adormece, no se abandona a sí mismo, ni es prepotente con los otros servidores; sino que al contrario, cumple, cuida de su tarea y de los demás, y está bien despierto para abrir a su Señor “apenas venga y llame”.

Ser fiel con Dios significa ser perseverante, no abandonar la tarea recibida, aunque la espera se prolongue y el empeño de la labor sea exigente.

Fidelidad y vigilancia: no sabemos la hora, ni el momento; sí sabemos que debemos responder de nuestra vida y de la responsabilidad recibida, en este caso, los pastores, del cuidado de la casa, de los otros servidores, de la Iglesia y de los hermanos confiados a nuestro cuidado.

¿Qué significa, en este punto, el “vigilar” del que habla con tanta insistencia el Evangelio? ¿Vivir con la respiración contenida por el miedo al morir; casi como paralizados por este sólo pensamiento? Al contrario, significa pensar en la vida y como dotarla de plenitud y de fecundidad; significa obrar, actuar, momento a momento, en conformidad con la voluntad de Dios, con una fe que se hace viva

y fecunda en las obras de auténtica caridad. Algo totalmente evidente para ti, Francisco, que en el inicio de tu ministerio, y siempre, debes vigilar no dejar de parecerte a los santos Sacerdotes, santos pastores, que han gastado, con empeño de buenos servidores, sus vidas de modo total por amor al pueblo que se les confió cuidar, alimentar y guiar como pastores buenos, como imagen viva del Buen Pastor, al que estás llamado a imitar, y a configurarte con Él por la gracia del Sacramento del Orden que vas a recibir.

En una época en la que todos hablan de “fidelidad a la tierra”, pensamiento en el que muchos cristianos son tentados de adecuarse incluso en las claves más profundas, no está nada mal que algunos recordemos que hay una “fidelidad al cielo” en la que perseverar; una fidelidad que no obstaculiza a la primera, pero que es como la sal que impide que esta primera se corrompa.

El buen presbítero, verdadero “siervo fiel” que espera a su Señor, y espera en su Señor, debe ser además y necesariamente el profeta de esta espera y de esta esperanza, auténtico testigo que despierta a sus hermanos los hombres, como Juan Bautista, y los llama a conversión y los orienta al señalarles –no a ningún ídolo- sino al auténtico y único Mesías, el Señor.

Hemos escuchado, en la primera lectura, cómo el texto de Isaías hacía referencia al Espíritu que le ha ungido, que lo envía a consolar, a dar la buena noticia, a curar. Palabras que asumirá plenamente Jesús en Nazaret, porque Él es la promesa cumplida; Él, que ha venido a entregar su vida cumpliendo la misión que el Padre le ha confiado, y es enteramente para los desfavorecidos, los pobres, los cautivos, los ciegos, los oprimidos.

Déjate configurar, Francisco, por estas palabras; pues todos los Sacerdotes marcados y ungidos por el Espíritu, como tú vas a ser, debemos cumplirlas y somos enviados a anunciarlas y a cooperar para hacerlas realidad. Hacerlas realidad, con nuestra vida, con tu vida, sostenido por el Espíritu de Cristo que sigue cumpliendo su presencia y misión en la Iglesia a la cual sigue edificando, consolando y enviando a estos tiempos para ser sal y luz, anuncio y construcción de la esperanza que no defrauda y que inauguró con su Nacimiento de María Virgen, con su primera venida, revestido de humildad.

Vas a ser ungido para que Él pueda seguir viviendo entre nosotros por medio de ti; vas a ser ungido para que Él pueda seguir entregando su vida por medio de ti; llamado por su gracia a configurarte con Él, el Buen Pastor. Y todo actuado en la comunión, destacada por S. Pablo en la segunda lectura; en unión y armonía con tu Obispo y con tus hermanos Sacerdotes, como vas a prometer y va a quedar bien visible en el desarrollo de la misma celebración.

Por ello tan sólo me atrevo a hacerte una advertencia: ten miedo, pánico, sobre todo a aislarte, a vivir en soledad tu ministerio y con rupturas que son heridas en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia. La comunión no sólo es constitutiva del ministerio presbiteral, sino de especial necesidad en los tiempos que corren.

Con fidelidad y vigilancia, como os decía al principio, unidas al sacerdocio vivido en comunión, es como nos corresponde santificarnos a los Sacerdotes; dejándonos formar en la mente, los sentimientos y acciones del Buen Pastor. Cuidando como servidores las relaciones con los fieles, con cercanía y disponibilidad; cuidando de la relación con los hermanos Sacerdotes, valorando las reuniones y la ayuda mutua; sin faltar jamás al respeto, que es elemental caridad; construyendo juntos, uniendo siempre, pacificando, queriendo a la Diócesis en tiempos de necesidad. Todo para que Él, el misericordioso, nos ayude a madurar en la cruz, para ser don suyo a nuestra Iglesia.

Algunas de estas ideas las compartí en la pasada Misa Crismal y añadí que nuestra alegría y armonía eclesial son esenciales para la muy necesaria pastoral vocacional. Hoy las recuerdo ante tu ordenación, Francisco, pues tu itinerario vocacional me remite a la importancia que tiene nuestro Seminario, que acaba de clausurar el Año Jubilar de los 275 años de su fundación. Recemos por las vocaciones, por el Seminario, por ti y por todos aquellos, familia tuya y Sacerdotes tuyos, formadores y profesores tuyos, que en la Providencia de Dios han sido ayuda y luz para que llegaras a este momento de tu ordenación. Dios los bendiga a todos ellos.

Que María, nuestra madre, te acoja bajo su manto, te ampare siempre, para que el Señor culmine en ti la obra que comienza este día con tu ordenación, para que su gracia haga de ti el siervo fiel, vigilante y bueno que su Iglesia necesita, haga de ti imagen viva del amor y la entrega del Buen Pastor. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.